

MANOS A TRAVÉS DEL TRIGAL

Por *Rosa María Brown*

EL TRIGAL parecía un campo de oro, y a Carlos le gustaba verlo ondear agitado por el viento.
—Se forman olas como en el agua —exclamó Carlos. Su padre sonrió.
—Sí, hijo. Y mañana entrará la cosechadora. Carlos sabía lo que era la cosechadora. Era una enorme máquina que daba vueltas y vueltas alrededor del campo. Esa máquina cosechaba el grano que estaba en las espigas y lo arrojaba en camiones que luego lo llevaban al mercado del pueblo.
En un sentido, Carlos estaba un poco triste pensando en que ya no podría ver ondear el trigo con el viento por mucho tiempo más. Si la cosechadora comenzaba a trabajar en la mañana, lo más probable sería que en la tarde todo el campo estaría cosechado.



—Extrañaré el trigal, papá —murmuró Carlos. El padre sonrió y poniendo su mano en el hombro de Carlos, dijo:
—Creo que yo también. Pero es la época de la cosecha. Tú sabes, la Biblia dice que hay un tiempo para la siembra y un tiempo para la cosecha. Sembramos el trigo en la época debida, y creció muy bien. Después de muchos meses el viento y las lluvias lo maduraron. Ahora está listo para ser cosechado. Si queda demasiado tiempo en la planta, los tallos que sostienen las espigas se debilitarán y caerán. Entonces perderemos el grano.
Carlos escuchó en silencio a su padre. Luego sonrió porque sabía que sus padres necesitaban el dinero que les daría el trigo, para pagar la granja. Lentamente extendió la mano y tomó la de su padre.
—Me alegro que sea la época de la cosecha.
—Y yo también —añadió su padre apretándole firmemente la mano.
A la mañana siguiente Carlos y su hermanita Lisa salieron para ver la cosechadora cuando llegara, por el camino del pueblo. El cielo estaba claro, y el sol brillaba con todo su esplendor. Transcurrió un largo rato, pero la cosechadora no llegó.
Lisa se puso inquieta.
—Hagamos otra cosa —rogó—. Estoy cansada de esperar la "cosechadora". Carlos se rió.
—Muy bien. ¿Por qué no cazamos mariposas mientras tanto? Acabo de ver una que voló hacia el trigal.
—¡Oh, sí! —palmoteó Lisa— ¡Yo también veo una!
Y salió corriendo hacia la casa tan rápido como se lo permitían sus piernecitas regordetas. Carlos se quedó mirándola por unos instantes y luego él mismo se puso a perseguir una mariposa. Y no sabe cuánto tiempo pasó cazando mariposas. Pronto perdió de vista la primera, pero vio otras, de todos colores y tamaños que atrajeron su atención. Se olvidó de Lisa y de la cosechadora, hasta que oyó que venía por el camino.
—¡Lisa! —gritó dirigiéndose a la casa—. ¡Aquí viene la cosechadora!
Pero Lisa no contestó. La madre oyó los gritos de Carlos, y salió al porche.
—Lisa no está conmigo —dijo la madre—. Pensé que había salido contigo para ver llegar la cosechadora.
—Ella estaba —explicó Carlos—. Pero empezamos a cazar mariposas. Yo la vi correr hacia la casa tratando de agarrar una.
Carlos vio a su padre que salía del galpón y corrió a encontrarlo.
—Papá, ¿está Lisa en el galpón? —preguntó.
—No —respondió el padre extrañado—. Pensé que estaba contigo.

Carlos sintió deseos de llorar.

—Ella estaba —dijo—. Pero empezamos a cazar mariposas, y ahora yo no sé dónde está.

El papá pareció preocupado, pero le dio una palmadita en el hombro para consolarlo.

—La encontraremos —dijo—. Le diré a los hombres que no pongan en marcha la cosechadora. Lisa puede estar en el trigal.

Carlos miró hacia el trigal que tenía hectáreas y hectáreas de extensión. ¿Cómo podrían encontrar a Lisa en ese enorme campo? Pero el papá tenía un plan. El y los hombres de la cosechadora, juntamente con la madre y Carlos se tomarían de la mano y caminarían a través del campo.

—Caminaremos y llamaremos hasta que lleguemos al fondo —explicó el papá—. Entonces daremos vuelta y regresaremos caminando otra vez. Así no pasaremos por alto ni un solo lugar. Lisa puede haberse sentado en algún lugar para descansar y haberse dormido; en ese caso no nos oírás llamarla. Si no nos tomamos de la mano, en este trigal tan grande podríamos no encontrarla.

Los hombres pensaron que el plan era bueno. Cuando se alinearon y se tomaron de la mano, el papá elevó una oración pidiendo la ayuda de Jesús.

Cuando terminó la oración, Carlos tomó la mano de su padre y extendió la otra para tomar la mano de otra persona. Pero se sorprendió. Estaba en el extremo de la línea.

El papá lo miró y le dijo suavemente:

—Tómame de la mano de Jesús, hijo. El nos ayudará a encontrar a Lisa.

Mientras cruzaban el trigal, Carlos casi sintió que Jesús lo estaba teniendo de la mano. El trigo era muy alto. En algunos lugares era más alto que él, pero por alguna razón no le costaba caminar a través de esas plantas tan altas.

Carlos podía oír que todos los hombres que formaban la línea llamaban a Lisa. También el papá y la mamá la llamaban. El no lo hacía. Tenía que mantenerse al paso con su papá que daba zancadas muy grandes.

De repente Carlos se soltó de la mano de su papá y comenzó a correr a través del trigal. Cuando se hubo adelantado un poco, se detuvo, se arrodilló y oró. Oyó que su padre lo llamaba para que regresara antes de que él también se perdiera, pero cuando terminó de orar, se levantó y corrió en otra dirección.

De pronto se detuvo. Justo frente a él estaba Lisa. Estaba durmiendo en el trigal.

—¡Papá! —gritó Carlos—. ¡Papá, aquí está Lisa!

Cuando llegó el padre, Lisa se despertó y se frotó los ojos.

—Me perdí —sollozó—. llamé y llamé, pero nadie sabía dónde estaba yo.

Carlos la tomó de la mano.

—Jesús sabía. El me ayudó a encontrarte. Cuando nos tomamos de la mano para buscarte, papá me dijo que me tomara de la mano de Jesús. Jesús me dijo lo que debía hacer.

Para entonces, los demás que habían estado buscando a Lisa, llegaron al lugar. Oyeron lo que Carlos dijo. Uno de los hombres sonrió y le dijo:

—Hijo, creo que realmente Jesús te llevó de la mano.

Carlos sonrió a su vez. Estaba seguro de que Jesús había extendido su mano a través de todo el trigal.